

mundo, un pueblo innumerable ocupado en borrar las huellas de las revoluciones y dedicado con alegría y seguridad á fomentar el trabajo y asegurar el porvenir. En provincias reinaba un espíritu todavía mas imperialista que en la capital y para todo el mundo no había la menor duda de que siempre que el presidente quisiese, podría suprimir la república por medio de un plebiscito. El extranjero también empezó á acostumbrarse á esta idea, y si bien se temía en general que la renovación del imperio trajera consigo una época de grandes guerras, se manifestó ya una corriente nueva que ante todo veía en el régimen imperial una esperanza de paz. Muchos creían que la dignidad imperial consolidaría la posición de Napoleón y acaso le haría posible encontrar una esposa de sangre real que le diera motivo á quedarse tranquilo en las Tullerías y realizar por la vía pacífica la revisión de los tratados de 1815, idea que seguramente se mantenía viva en su cerebro. Napoleón, por su parte, hizo todo cuanto pudo para robustecer estas esperanzas y no se apresuró á aceptar, antes rechazó resueltamente, la proposición de dar á su nueva dignidad un origen militar. Así cuando sus partidarios mas celosos esparcieron la voz de que al distribuirse á las tropas las nuevas águilas, ceremonia fijada para el 10 de mayo, el presidente sería proclamado emperador por el ejército, el gobierno hizo saber oficialmente á los periódicos que aunque las 60,000 personas que según cálculo podían reunirse en el Campo de Marte saludaran á Napoleón como emperador, esta manifestación no apresuraría ni una hora el restablecimiento del imperio. No hay que decir que el presidente gustó mucho de oír los vivas al emperador que resonaron al pasar las tropas delante de él, y no solamente en París, sino también cuando visitó los departamentos en el mes de julio con ocasión de la inauguración del ferro-carril de París á Estrasburgo. Desde entonces dejó el gobierno completa libertad á las manifestaciones imperialistas, y Walewski, embajador francés en Londres, dijo muy satisfecho que el manto de la coronación estaba probablemente ya en manos de las bordadoras. Pocas semanas después los consejos generales de los departamentos del Charente y de Vaucluse presentaron una petición solicitando la renovación de la dignidad imperial, y lo mismo pidieron en términos menos precisos casi todos los demás consejos del país. Un viaje circular por el Mediodía de Francia que hizo el presidente en el mes de setiembre produjo las manifestaciones mas vivas en el mismo sentido; en Lyon, al descubrir una nueva estatua ecuestre de su tío, dijo Luis Napoleón: «Desde París á Lyon se ha oído el grito unánime de ¡viva el emperador!» pero añadió todavía con precaución: «Este grito es para mí mas bien un recuerdo que conmueve mi corazón, que una esperanza que despierta mi orgullo.» Las manifestaciones continuaron no obstante y en los arcos de triunfo se leía: «¡Viva Napoleón III!» (1).

La noticia de que en Marsella se había descubierto un atentado preparado contra la vida del presidente, acrecentó el entusiasmo imperialista y cumplió en apariencia la condición indicada en el discurso presidencial del 29 de marzo, es decir, que los partidos se movieran hostilmente.

El presidente mismo empezó á usar un lenguaje cada vez mas claro, hasta que el 9 de octubre, en un banquete que le dió la Cámara de Comercio, expuso con toda franqueza el programa del imperio, diciendo entre otras cosas, que personas recelosas temían que el imperio traería la guerra; pero

(1) Este grito de Viva Napoleón III fué resultado de una equivocación, porque habiendo recibido orden los prefectos de autorizar este grito, y habiendo tomado el alcalde de Bourges las palabras de ¡¡¡Viva Napoleón!!! del oficio del prefecto por Viva Napoleón III, las inscribió así en el arco de triunfo y los demás alcaldes le imitaron. Cassagnac: *Souvenirs*, tomo II, pág. 147.

que él declaraba que el imperio era la paz, y que las conquistas que meditaba consistían únicamente en roturar vastas extensiones de terreno, construir carreteras, puertos y canales, hacer navegables ciertos ríos, completar la red de ferro-carriles, reedificar ruinas, derribar ídolos y hacer triunfar la verdad. Este lenguaje fué comprendido: era claro y explícito, y cuando el príncipe-presidente volvió en 16 de octubre á París, fué recibido en la estación por las corporaciones principales con gran solemnidad y el prefecto Berger le saludó con un discurso en el cual dijo que solo el título de emperador podía realizar las magníficas promesas que la Europa había oído hechas desde Burdeos. En la plaza de la Concordia se había elevado un arco de triunfo con la siguiente inscripción: «A Napoleón III, salvador de la civilización moderna.»

Desde entonces no titubeó el príncipe presidente en dar los pasos decisivos. Convocó para el 4 de noviembre al senado, como custodio constitucional de la república, diciendo en el decreto de convocación que si el senado juzgase necesaria una modificación en la forma de gobierno, se consultaría á la nación. En el mensaje de apertura se expresó el presidente con mayor claridad todavía, manifestando que bien se hacia cargo de las objeciones que suscitaba el acto de ceñirse la corona de Napoleón I, pero que le tranquilizaba la idea de que la nación se coronaba ella á sí misma si elevaba al trono un hombre como él, que en tantos conceptos personificaba la nación. Con esto quedaba indicado el resto. Diez senadores, presididos por el vice-presidente Mesnard, presentaron la proposición del restablecimiento del imperio, siendo elegido Troplong para redactar el correspondiente informe. Este, en un discurso ampuloso (el público de París, siempre inclinado á la sátira, dijo que este discurso era *trop long*), ensalzó á los hombres llamados por la Providencia á curar los males causados por las revoluciones; dijo que la Francia era á la vez monárquica y democrática y que el imperio uniría lo pasado con el porvenir, la monarquía con la república, y terminó manifestando el deseo de que una esposa diera pronto descendientes al emperador dignos del gran nombre de Napoleón. La votación en favor de la proposición fué unánime, menos un voto, el de Vieillard, antiguo preceptor del hermano difunto de Napoleón, que tuvo el capricho de ser el único que se opusiera á la proclamación del emperador, como hizo Carnot en 1804 (2).

El mismo día se trasladó el senado en corporación, sin faltar un individuo, á Saint-Cloud, para entregar allí al príncipe su resolución, y al aceptarla Napoleón recordó al senado las palabras pronunciadas por su tío en idéntico caso cuarenta y ocho años antes, á saber: que el día en que sus descendientes cesaran de merecer el amor de la gran nación, dejaría su espíritu de estar con ellos, y que la resolución del senado le demostraba que había conquistado la confianza de París y que la sombra del gran emperador le protegía.

Para la confirmación del decreto del senado se acordó presentar la siguiente fórmula de plebiscito, que debía contestarse simplemente con *sí* ó *no*: «El pueblo francés quiere el restablecimiento de la dignidad imperial en la persona de Luis Napoleón Bonaparte, con el derecho hereditario en la descendencia directa legítima ó adoptada, y le autoriza á ordenar la sucesión al trono en la familia Bonaparte.» El conde de Chambord y varios republicanos proscritos protestaron,

(2) El siguiente billete de Napoleón del 9 de noviembre merece ser conocido y se encuentra en la obra de Jerrold, tomo III, pág. 404: «Mi querido señor Vieillard: ¡Cómo puede usted creer que su voto pudiera disminuir en nada mi antigua amistad! El jueves á las once almorzará usted como siempre conmigo; el nuevo título que recibiré del pueblo no cambiará ni nuestras costumbres ni los sentimientos que le profeso. De esto puede usted estar persuadido. Su amigo: Luis Napoleón.»

sin producir efecto ninguno. El 21 y 22 de noviembre se efectuó la votación del plebiscito, que dió por resultado 7.824,189 boletines afirmativos y 253,145 negativos. Para proclamar este resultado fué convocado el cuerpo legislativo, el cual, con el presidente Billault á su cabeza y acompañado del senado, lo presentó en 1.º de diciembre al nuevo soberano, que aceptó la corona diciendo que lo hacia porque su origen no era la conquista ni la astucia, como el origen de otros poderes. Esta ceremonia se efectuó un año después del golpe de Estado de 1851. Seguidamente habló el nuevo emperador del nombre de Napoleón III que aceptaba, con el cual no negaba la legitimidad de los gobiernos que le habían precedido, y dijo que empezaba su reinado solo en aquel mismo momento á consecuencia del plebiscito.

Al día siguiente hizo su solemne entrada en las Tullerías y recibió los homenajes del ejército y de la guardia nacional. Una resolución del senado del 11 de diciembre fijó la conveniente dotación de la corona, destinando á Napoleón III 25 millones de francos, que había cobrado también Napoleón I, y además se votaron millon y medio de francos para los miembros de la familia imperial, que eran en número de 21 individuos. En la misma resolución del senado se disponía que toda la propiedad, mueble é inmueble, del nuevo emperador, pasaría á ser propiedad del Estado; pero esta disposición era simplemente una farsa, en vista de las deudas excesivas de Napoleón. Los miembros de la familia imperial debían renunciar solemnemente á los bienes que les habían confiscado los Borbones en 1815, sin lo cual no podían cobrar las nuevas asignaciones; pero tampoco esto tuvo ninguna importancia, si bien no faltaron muchos años después quejas de estos miembros de que las sumas que el emperador les pagaba eran solo una muy pequeña parte de lo que hubieran podido reclamar (1).

La amnistía que publicó el emperador para celebrar su subida al trono, comprendió en primer lugar á la prensa, á la cual fueron perdonadas todas las multas, penas de cárcel y todas las advertencias con sus consecuencias. También ofreció amnistía á las víctimas del golpe de Estado siempre que quisieran reconocer la voluntad nacional, es decir, si querían someterse. A esto se agregaron toda clase de mercedes y actos benéficos. El emperador fundó tres baños públicos; destinó grandes sumas á la educación de niños pobres y colmó á sus partidarios fieles de honores y riquezas. Saint-Arnaud, Magnan y Castellane fueron nombrados mariscales; Morny y el príncipe Jerónimo Napoleón recibieron la gran cruz de la Legión de Honor, y la creación de cargos de la nueva corte dió lugar á muchos y bien retribuidos nombramientos. Lo mas importante fué que en adelante los senadores recibieron como asignación anual fija 30,000 francos y los diputados durante las legislaturas como asignación mensual en calidad de dietas 2,500 francos.

El extranjero reconoció con extraordinaria prontitud al nuevo imperio, porque en realidad ningún gobierno había tenido la intención seria de no reconocer al nuevo emperador; pero tanto en Londres como en Berlín disgustó que Napoleón tomara el nombre de Napoleón III, lo que indicaba que, contra los tratados europeos, contaba al hijo de Napoleón I, el rey de Roma, por Napoleón II, y que acaso pretendiera una especie de sucesión ó sea la dignidad imperial *in partibus* desde el año 1832. Contra esto pudo decir el nuevo emperador que si quería fundar su título imperial en un derecho hereditario tendría que llamarle Napoleón V, porque desde el año 1831 le hubieran debido preceder su tío José y su padre Luis, hermanos de Napoleón I, y tendría

(1) *Papiers secrets*, pág. 37.

que datar el principio de su reinado desde la muerte de su padre. Esto dió lugar á fastidiosas negociaciones (2), que el gobierno inglés finalmente abandonó con gran disgusto del rey de Prusia, el cual habría preferido que no se hubiera hecho caso del número III, que para él era «una imposibilidad moral.» Mas importante hubiera sido una declaración colectiva de las grandes potencias garantizando la integridad de los Estados europeos, y sobre esto hubo también acalorados debates que acabaron con una acta secreta muy pálida firmada por las cuatro grandes potencias el 3 de diciembre de 1852 en Londres. Las cuatro potencias tomaron acta de las promesas pacíficas de Napoleón III y se limitaron á declarar que continuarían velando por la conservación del



Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros (según una litografía de Coedes)

*statu quo* (3). También se propuso el rey de Prusia formar una cuádruple alianza con Inglaterra, Bélgica y Holanda; pero se frustró su idea, pues el ministro inglés se apresuró, después de efectuada la proclamación del emperador, á reconocerle el 6 de diciembre, y el embajador de Prusia notificó á su gobierno que el inglés no se consideraba obligado sino á proteger la neutralidad de Bélgica y que la inteligencia de Prusia con Holanda y los Estados alemanes del Sur no podría contar sino puramente con la expresión de su simpatía.

Las potencias europeas de segundo y tercer orden se apresuraron á imitar al gobierno inglés y á reconocer el imperio, como lo había reconocido ya el 4 de diciembre la corte borbónica de Nápoles. Algunos Estados alemanes, como la ciudad libre de Francfort, Nassau, Hesse-Darmstadt y Wurtemberg, no esperaron siquiera el ejemplo de Prusia y de Austria, faltando así, según Bismarck, á su deber federal y á su situación política (4).

Las dos grandes potencias alemanas continuaron entre ellas y con Rusia sus negociaciones durante casi todo el mes de diciembre, las cuales causaron gran disgusto en París,

(2) Véase Geffcken: *El golpe de Estado*, pág. 117, y Malmesbury, tomo II, pág. 81.

(3) Geffcken: *El golpe de Estado*, pág. 123.

(4) Poschinger: *La Prusia en la Dieta*, Leipzig, 1882, tomo I, p. 165.

pero no impidieron que Napoleón hiciera declaraciones tranquilizadoras; y cuando se publicaron algunos folletos que recomendaban la conquista de la Bélgica y de la frontera del Rhin, entre otros particularmente uno que tenía el título: *Los límites de la Francia*, el gobierno rechazó oficialmente en el *Monitor* toda comunidad con los autores de estos escritos, diciendo que su espíritu estaba tan distante de las intenciones del emperador como de su política francamente manifestada. Al mismo tiempo se hicieron declaraciones diplomáticas que fueron muy bien recibidas tanto en Berlín como en Viena. El primer ministro de Prusia escribió en 28 de diciembre al embajador prusiano en París que el rey apreciaba en lo mucho que valían los méritos contrarios por el príncipe Luis Napoleón en defensa de la causa del orden, y que consideraba las declaraciones del emperador como una garantía de que la intención del nuevo gobierno de Francia era perseverar en su política pacífica, con lo cual mostraba el respeto más sincero a los derechos de todos y se obligaba a cumplir los tratados existentes y respetar las fronteras sobre las cuales descansaba la organización política europea. Por lo mismo, reconocía el rey al emperador y por lo mismo continuaría también las relaciones amistosas que existían entre los dos países.

De una manera análoga se explicó el gobierno de Austria y el 11 de enero su embajador en París y el de Prusia presentaron sus credenciales, imitándoles en seguida los Estados de segundo y tercer orden de Alemania. El czar había reconocido a Napoleón algunos días antes; pero tratándole solo de buen amigo y no de hermano o primo, lo cual disgustó mucho en las Tullerías, según dió a entender Drouyn de Lhuys en un despacho muy hábil que envió al embajador francés en San Petersburgo (1). Se había excusado Kisseleff, embajador de Rusia en París, diciendo que el emperador ruso solo podía tratar de hermanos a aquellos soberanos que lo eran por el mismo principio que el de Rusia, y el ministro francés refutó este argumento con el ejemplo del emperador Alejandro I, que no negó el título de hermano a Napoleón I, y en general dijo que, en semejantes casos, debía tomarse por norma la tradición de las cortes antiguas, enfrente de las cuales la de San Petersburgo, siendo una de las cortes más modernas, no podía pretender mayor autoridad que ellas. En esta parte la corte de Rusia se encontraba al mismo nivel y en el mismo caso que la república francesa de 1792, es decir, que quería hacer propaganda peligrosa a favor de principios determinados; pero esto autorizaba a los principios opuestos a creerse también admisibles y resultaría al cabo una lucha entre los gobiernos procedentes de la voluntad nacional y los de otro origen. Al final decía el ministro al embajador francés en San Petersburgo, que estas consideraciones debían servir solo para su gobierno y que oficialmente pasara por alto la irregularidad del reconocimiento ruso. Este despacho expuso en términos muy precisos el disgusto que se sentía en la corte imperial de París y que probablemente llegó por medio extra-oficial a oídos del emperador de Rusia.

A los reconocimientos oficiales siguió en todas partes la aprobación de la opinión pública en general. Sin embargo, en la prensa liberal continuaron los ataques contra el emperador, y el *Morning Advertiser* dijo en su número del 7 de enero que en todo el ámbito de la tierra no había situación ninguna que pudiera compararse con el despotismo que pesaba sobre la Francia y con la abyección a que estaba condenada; que el emperador pisoteaba las libertades del país; que su nombre era equivalente a opresión y tiranía; que era el per-

(1) Harcourt: *Les quatre ministères de M. Drouyn de Lhuys*, París, 1882.

juo más criminal que había existido jamás, el monstruo más abominable que había cubierto la humanidad de la mayor ignominia; que en Francia nadie, ni la prensa, se atrevía a abrir la boca, ni en la calle ni en sociedad, y que no tardaría el país en hundirse en una barbarie de la cual no se encontraba ejemplo en la historia de las naciones. La exageración quitó a estas acusaciones su efecto peligroso, de tal suerte que el emperador no titubeó en mandar reproducir en el *Monitor* este y otros artículos análogos, al paso que rechazaba en la misma prensa de Inglaterra sus ataques, y no tardó en establecerse allí una fuerte corriente a su favor.

Por muchos y violentos que fuesen los ataques a que continuó expuesto el imperio, es innegable que al cabo de cortísimo tiempo fué considerado en el interior del país y en el extranjero como robustamente consolidado. Las modificaciones que la dignidad imperial hacía necesarias en la constitución, como la dotación fija de los senadores y la introducción de las dietas para los diputados, fueron aprobadas por el senado en 23 de diciembre por 64 votos contra 7, y el mismo senado-consulta amplió los privilegios del emperador en muchos puntos importantes, autorizándole especialmente para modificar por simple decreto las disposiciones del decreto dictatorial del 22 de marzo respecto de la posición relativa de las grandes corporaciones públicas entre sí.

El derecho de discusión concedido a los diputados en materia de presupuestos se redujo a la facultad de aprobar la suma total destinada a cada ministerio, sin discutirla como antes por capítulos, si bien se comunicaría a los diputados para su mejor inteligencia la distribución en capítulos y artículos. Quedó reservado al emperador el derecho de modificar posteriormente la repartición de la suma total, por medio de un decreto que debía examinar el Consejo de Estado. Trascendental fué también la interpretación del privilegio del emperador de hacer tratados de comercio en el sentido de que las modificaciones que resultasen en los aranceles tendrían inmediatamente fuerza de ley. De esta suerte la cámara quedó privada de toda cooperación en las cuestiones aduaneras. En las obras públicas también podía sobreponer el emperador su opinión a la de la cámara, porque quedó autorizado para conceder créditos extraordinarios destinados a estas obras y que solo se presentaran al cuerpo legislativo para su aprobación en la próxima legislatura. Un derecho de discutir los presupuestos sujeto a semejantes limitaciones, no podía ser tomado en serio.

### CAPITULO III

#### LA CORTE Y LA SOCIEDAD

La numerosa parentela del emperador fué dividida por resolución del senado en dos grupos. Entraban en el primero los individuos con derecho a la sucesión, y el segundo comprendía los que no tenían tal derecho. El emperador fijaba los títulos y posición de cada uno, como también el orden de la sucesión, en la inteligencia de que ésta debía quedar limitada a los hijos legítimos de los hermanos de su tío o sea del único hermano todavía existente de Napoleón I, el ex-rey Jerónimo. Este, que era el patriarca de la familia, había nacido en el año 1784 y era el único testigo vivo todavía del primer imperio, habiendo ceñido también en su día una corona real. Era este Bonaparte cuñado del rey de Wurtemberg y el lazo más fuerte que unía la familia Bonaparte a las dinastías antiguas. El viejo Jerónimo sabía muy bien lo que esto significaba, y en proporción a su significación eran sus grandes exigencias a la liberalidad y a las mercedes de su imperial sobrino. No podía explicarse satisfactoria-

mente la grande influencia que ejercía en ciertas ocasiones sobre el emperador por los méritos que podía haber adquirido en los últimos años en concepto del sobrino ni menos por sus dotes intelectuales. Se murmuraba muy claramente que este anciano se hallaba en posesión de papeles con los

cuales le bastaba amenazar al emperador para obtener cuanto quisiese, que con ellos podía probar que Luis Napoleón no era siquiera hijo del que suponía su padre ni de ningún Bonaparte (1). A la misma circunstancia se atribuyó la extraordinaria condescendencia que el hijo de Jerónimo dis-



El príncipe Jerónimo Napoleón (según fotografía)

frutaba de parte del emperador, condescendencia que excitó a menudo el asombro general. Este hijo, el príncipe Napoleón, ó *Plonplon* (sobrenombre que le dieron los franceses), era sin duda una persona muy inteligente é instruida científica y literariamente, con grandes dotes oratorias, y con ideas políticas, filosóficas y sociales más bien radicales que liberales. En las pequeñas y selectas comidas que daba, reunía a los libre-pensadores, ateos, utopistas políticos y soñadores socialistas más notables (2); pero al lado de Renan, Littré,

Dumas y Girardin, pasaba también su tiempo con otras personas de las cuales la crónica escandalosa de París contaba cosas indescriptibles. Había recibido de la naturaleza el favor especialísimo de ser el retrato vivo del primer Napoleón, con sus rasgos puros y finos, y su mirada penetrante; y su presencia y actitud cuando él quería, revelaban su innata

está depositada en los archivos del ministerio de Justicia del Haya y fué enseñada al marqués Aquiles de Jouffroy por el señor Box, conservador de los archivos en su época ó empleado superior del ministerio de Justicia. Napoleón, hijo de Jerónimo, pretende poseer 33 cartas importantes relativas a esta queja.»

(2) Beaumont, pág. 199; Maupas, tomo II, págs. 120 y siguientes; Jerrold, tomo II, pág. 381; *Revue des Deux Mondes*, tomo X, página 965.